
Introducción

A poco más de cinco kilómetros de la iglesia Catedral de Guadalajara, la Basílica de Zapopan se levanta en el centro de la ciudad cabecera del municipio que lleva el mismo nombre. En 1734, convencidas las autoridades eclesiásticas de los milagros obrados por la imagen de Nuestra Señora de la Expectación que allí se venera, se le declaró "Patrona de Guadalajara contra tempestades, rayos y epidemias" y se tomó la decisión de que la milagrosa imagen visitara los templos de la capital tapatía entre junio y octubre de cada año. Desde entonces, Zapopan es el corazón de ese culto mariano, y cada 12 de octubre una impresionante muchedumbre acompaña a la virgen de Zapopan, como se conoce popularmente a Nuestra Señora de la Expectación, en su viaje de retorno desde Guadalajara hasta su santuario permanente.

Si bien algunas veces se ha impedido la peregrinación, no se tiene noticia alguna de que haya sucedido lo mismo con las visitas de la Virgen a los templos de tapatíos ni tampoco de que dicha suspensión transitoria haya redundado en perjuicio de la devoción que se le tiene. Por el contrario, parece que en tales ocasiones, con la intención de resarcirla, se le refrendan los honores que se le han tributado, como sucedió en 1895.

Ese año, el arzobispo de Guadalajara, Pedro Loza y Pardavé, para no agravar la tensión entre el Estado y la Iglesia católica con el quebrantamiento de las leyes de Reforma en materia de culto público, decidió suspender la romería, y sólo se trasladó a la imagen en un carro cerrado acompañada de dos frailes. Pero en ceremonia privada y -según los rumores que corrieron- como regalo del propio Porfirio Díaz, presidente de la República, se le impuso a la imagen otra banda de Generala, grado que se le confirió en 1821, y se le dio otro bastón de mando.

Como quiera que sea, con más de dos siglos y medio de haberse instituido, la "llevada de la Virgen" sigue siendo, si no el mayor, por lo menos uno de los acontecimientos profano-religiosos que más revuelo provocan en el estado.

Esta peregrinación ha dado a Zapopan una bien ganada fama que desborda las fronteras nacionales, pero por otra parte, tan brillante acontecimiento anual ha tenido la peculiaridad de anclar a este municipio jalisciense en la tradición folklórico religiosa, y es justamente esto

lo que constituye, poco más o menos, el conocimiento que los mexicanos tenemos acerca de Zapopan.

Pero además, el incontenible crecimiento de Guadalajara, a partir del decenio de 1950, ha dado como resultado el de confundir de tal manera las fronteras entre ambos municipios que resulta difícil, para los nativos al igual que para los recién llegados, no solo distinguir dónde empieza uno y termina el otro, sino hasta saber si son habitantes de Guadalajara o de Zapopan, con la sola excepción de los que pueblan esta última ciudad cabecera municipal.

En suma, pues, el desarrollo de Guadalajara y la creencia que se tiene de que Zapopan sólo importa como centro de un culto mariano multitudinario, son causa, entre otras más, del desconocimiento que prevalece acerca de otros aspectos que dotan a Zapopan de una rica y compleja personalidad propia que merece una atención más esmerada del conjunto de personas dedicadas al estudio y análisis de las diferentes facetas que presenta este conglomerado humano.

Por fortuna, desde hace algunos años el municipio de Zapopan ha despertado el interés de un todavía reducido número de investigadores en las distintas disciplinas sociales, los cuales han dirigido sus esfuerzos hacia asuntos que poco tienen que ver con los ya mencionados, como lo demuestran los artículos que conforman este número 41 de la revista *Estudios Jaliscienses*.

En el primero de ellos, Lina Mercedes Cruz Lira nos ofrece un primer acercamiento al oficio de la arriería en la región zapopana. Pero la autora no se queda en la sola descripción del auge y decadencia de ese medio de transporte, sino que se adentra en las repercusiones que ese proceso tuvo en la vida cotidiana de los que lo desempeñaban.

Jorge Aceves y Patricia Safa centraron su atención en la colonia Chapalita, uno de los primeros fraccionamientos residenciales que se asentaron en los alrededores de Guadalajara, pero en terrenos de Zapopan, y que bien puede tomarse como un presagio de lo que sucedería poco después con el uso del suelo zapopano próximo a la capital del estado. En su trabajo, los autores destacan las maneras en que los ciudadanos crean sus propias formas de convivencia y cómo establecen relaciones con las autoridades municipales, con lo cual, como los autores afirman, "le han dado forma y sustancia a su territorio urbano". Por su parte, Fernando Martínez Réding remarca el gran desconocimiento que propios y extraños tienen de Zapopan, al mismo tiempo que, en una síntesis concisa y muy ilustrativa, nos informa de lo que se concentra en el municipio y que muy pocos parecen percibir.

Gerardo Bernache remata esta serie de artículos con el análisis de un problema que por sí solo da cuenta de la complejidad del territorio municipal en torno del que giran los trabajos que hemos presentado: el de la enorme producción de desechos domésticos e industriales, su tratamiento y el estado que guardan los grandes depósitos de basura.

Cabe mencionar que los cuatro artículos aquí reunidos se presentaron como ponencias en el coloquio que, en diciembre de 1998, organizaron el Ayuntamiento de Zapopan y El Colegio de Jalisco bajo el título de "Zapopan: aproximación a su historia".

No tengo la menor duda de que su publicación contribuirá a que Zapopan deje de ser ese "gran desconocido" de que habla Fernando Martínez Réding.

José Cornelio Ramírez Acuña